

hecho saltar luchando; despues, dada la señal, vuelve á comenzar el combate para cesar ó comenzar otra vez, hasta que las prescripciones del *comento* se hayan cumplido rigurosamente. Sucede frecuentemente que el duelo se termina, no sin dolorosas contusiones, pero sin heridas graves.

Se han desollado : hé aquí todo.

Es preciso que el gobierno prusiano sea un gobierno muy paternal para prohibir semejantes distracciones.

No quise partir de Heidelberg sin hacer mi visita á la posada de Kaisersthul, pero no teniendo el honor de ser estudiante, no pude ser admitido mas que en la sala de baile.

Como no habia en aquel momento ni bailarines ni orquesta, se comprende que no presentaba un interés bastante vivo para detenerme por mas tiempo. Volvimos inmediatamente á Heidelberg, y como no eran mas que las dos de la tarde, hicimos enganchar los caballos al carruaje y nos dirigimos hácia Carlsruhe, á donde no llegamos hasta las once de la noche.

## CARLSRUHE.

Al dia siguiente por la mañana, al abrir mi ventana, desde la fonda de Inglaterra, ví que tenia ante mis ojos la mas hermosa vista de Carlsruhe, es decir, la plaza del Mercado.

Carlsruhe es una capital en miniatura ; tiene en pequeño lo que las demás ciudades tienen en grande : un teatro, una iglesia, una pirámide y un obelisco. Como no hay mas que una plaza, el gran duque tiene todos esos monumentos á la mano, lo cual no deja de ser cómodo. Además, como la ciudad está dispuesta en forma de abanico, y como todas las calles tiradas á cordel desembocan en el castillo, S. A. no tiene mas que ponerse al balcon, y simplemente con la vista, ve todo lo que pasa en su capital ; lo cual debe simplificar singularmente el empleo de esa honorable institucion llamada policia.

Un capricho del gran duque Carlos ha dado nacimiento á la ciudad; tenia costumbre de cazar en el bosque de Hartwald, y despues de dedicar cierto tiempo á este ejercicio, ir á descansar en un banco de madera situado en un paraje por el que tenia particular predileccion. Un día se le ocurrió la idea luminosa de que seria mas cómodo para él descansar en un buen castillo que en un mal banco. A la siguiente cacería hizo ir á su arquitecto y le enseñó el sitio en cuestion. El arquitecto le encontró perfectamente elegido, y en el otoño de 1715, pudo el gran duque descansar en la nueva construccion. De ahí el nombre de Carlsruhe ó *Descanso de Carlos*.

Un amigo mio, hombre de gran imaginacion, que ha tenido la desgracia de permanecer en Carlsruhe durante cuatro años como ministro residente de Francia, me decia que era la ciudad mas fastidiosa de la Alemania, que es sin embargo, el país de las ciudades fastidiosas.

Yo no he permanecido mas que una noche y medio dia en Carlsruhe, y soy exactamente del parecer del señor ministro residente.

Al salir de la capital del gran duque, se atraviesa por un puente de un solo arco, un rio de ocho piés de ancho: este es el Nilo de la pirámide y del obelisco de la Plaza Mayor.

Al cabo de tres horas estábamos en Rastadt, an-

tigua residencia de los margraves de Baden-Baden. Destronada por Carlsruhe, pereció en la humillacion la pobre ciudad, con sus dos plazas donde erece la yerba, y un castillo que se desmorona. Desmoronado como está, y enseñando su esqueleto de ladrillo á través de su desgarrada piel de estuco, no por eso dejó de recibir la visita que le hice en razon de sus recuerdos históricos. Aunque no contuviese ningun recuerdo que mereciese fijar la atencion en él, es una maravilla de mueblaje de fines del siglo de Luis XIV.

El castillo de Rastadt fué construido por disposicion de la margrave Sybilla Augusta, que debia ser mujer de gran gusto y mucha imaginacion. Deseaba yo mucho haber permanecido dos ó tres dias en una de aquellas habitaciones de magníficos tapices, para leer en ella cómodamente las Cartas de madama Sevigné y las Memorias de Bussy-Rabutin. Me parece que haciéndose valer las unas á las otras, las habitaciones y los libros hubieran ganado en ello.

Por lo demás, al lado de las alfombras, porcelanas y objetos de China de la margrave, que causarían las delicias de uno de nuestros gabinetes, se ven curiosidades no menos preciosas, reunidas por el margrave Luis Guillermo, su marido. Son los trofeos conquistados por él á los Turcos, y que llenan dos habitaciones de armas y banderas. Una

tercera está reservada á un trofeo no menos curioso; son cuatro retratos, de tamaño natural, cuatro mujeres del pachá, á quien el vencedor hizo prisioneras, y que llevó á Rastadt. Se asegura que esta fué la parte del botin peor recibido por la margravina.

Rastadt fué sitio de dos congresos; el primero verificado en 1714 entre el principe Eugenio y el mariscal de Villars. Todavía se ven á lo largo de la madera que forra la pared las manchas de tinta que echó el mariscal de Villars, arrojando en un momento de cólera la pluma con que querian hacerle suscribir un artículo que miraba como indigno de la grandeza de la Francia.

Otro congreso se celebró allí que dejó manchas, no de tinta, sino de sangre; estas no se han lavado, á pesar de haber salpicado al Austria. Queremos hablar del congreso de 1797, que duró hasta la primavera de 1799 y á consecuencia del cual Juan de Bry, Robergeot y Bonnier d'Alco fueron asesinados.

El asesinato se perpetró el 28 de abril de 1799. Hacia dos años, como hemos dicho, que el congreso se iba prolongando. Viendo el Austria que los negocios se arreglarían á satisfacción de la Francia, rompió bruscamente las conferencias. Al anuncio de aquel rompimiento, los plenipotenciarios franceses contestaron que solo la fuerza podría

alejarlos del puesto donde la nación les había colocado, y que permanecerían en Rastadt hasta que la nación los llamase. Al saber esta respuesta, los Austriacos acometieron la ciudad, y sus destacamentos, interrumpiendo las comunicaciones con la Francia, cogieron las cartas que aquellos escribían al gobierno. Bonnier d'Alco, que era presidente de la diputación, recibió entonces orden de volver á Strasburgo, y se dispuso á dejar la ciudad, verificándolo el 28 de agosto, amenazando al Austria con la cólera del Directorio. Mas apenas los tres diputados que seguían el camino del Rhin en dos carruajes, llegaron á Reinhan, un destacamento de húsares de Szecklers, que salió de repente de la Selva-Negra, los acometió sable en mano, mataron á Robergeot en los brazos de su mujer, y arrancando del carruaje á Bonnier d'Alco y Juan de Bry, dejaron al primero muerto al pié de un árbol y al segundo moribundo en el camino real; en seguida, apoderándose de todos los papeles relativos á la misión, volvieron á internarse en el bosque de donde habían salido.

Entonces, con un valor sobrehumano, la viuda de Robergeot, la mujer de Juan Bry, que estaba en cinta, y las dos hijas de este último, volvieron á colocar en los carruajes al herido y los muertos, y emprendieron otra vez el camino de Rastadt para pedir allí, á los once plenipotenciarios todavía

en aquella poblacion, justicia por aquella violacion del derecho de gentes. Pero, viudas y huré fanas, por mas que hablaran á nombre de la Francia, no obtuvieron otra cosa que un sumario redactado por el ministro de Prusia y firmado por todos sus colegas, en que se certificaba el asesinato, y reconocia á los asesinos como *húsares del regimiento austriaco de Szecklers*.

Juan de Bry curó de sus heridas. A su vuelta al Consejo de los Quinientos, de que era miembro, fué nombrado presidente. En cuanto á Bonnier, su sitio en el Consejo de los Ancianos permaneció dos años vacío, y su asiento se cubrió con un crespon; al leer su nombre, lo cual se hacia en cada apertura, el presidente respondia: *¡Venganza!*

Desde lo alto de la torre del castillo, terminada en una estatua de Júpiter de bronce dorado, y desde la que se descubre un magnífico panorama, se puede conseguir del conserje que señale el sitio del bosque donde se perpetró el triple asesinato que acabamos de referir.

Bajando de la torre, se encuentran en el corredor otros dos retratos, no en pié, sino en patas: son las efigies de dos gigantescos gatos.

El primero, víctima de la destreza del margrave Luis Guillermo, es un magnífico gato salvaje que S. A. mató en una cacería en la Selva Negra.

El segundo, favorito de la margravina Sibylla Augusta, conociendo la importancia de tal posicion, ha dejado memorias escritas por él mismo, á ejemplo de todos los grandes personajes. Como tienen la ventaja de ser un poco mas lacónicas que aquellas con que nos ha abrumado la imprenta moderna, las han escrito por bajo de su retrato. Hélas aquí:

« He venido aquí de edad de dos años, y pensando diez y ocho libras. En cuatro años que hace estoy cerca de mi augusta señora, he comido tantas magníficas gallinas, capones asados y grasientos ánades, que he llegado á pesar treinta y seis libras. »

Aquí están interrumpidas las memorias, habiendo arrebatado una indigestion al respetable Rodillard á sus trabajos gastronómicos y literarios.

El conserje me aseguró que aquellas cortas líneas eran las que habian dado á Hoffmann la idea de su Gato Moor.

El castillo de Rastadt nos habia hecho agradables los edificios de la margravina Sibylla: por tanto, resolvimos visitar al dia siguiente la *Favorita*, subir por el valle de la Murg, y volver á Baden por Stanffemberg. Llevar á efecto esta idea, era hacer una gran jornada.

Nuestra primera visita fué al castillo de la Fa-

vorita. No se describe semejante castillo; es preciso verle. Las personas que no tienen otra cosa mejor, vayan, pues, á ver el castillo de la margravina Sibylla; acaso es el mas perfecto modelo en su género. Data de 1723: era la bella época.

Solo una cosa perjudica algo al efecto del conjunto, y es los catres de caoba, y las cortinas de algodón, amarillas y encarnadas, que el gran duque actual ha introducido de un modo extravagante en medio de aquellas maravillas de la regencia.

Asegúrase que la sombra de Sibylla vuelve allí, y que su castigo en el otro mundo por los peccadillos que cometió, es ver esas cortinas y esos catres, entre aquellos muebles encantadores que se han hecho por sus propios diseños.

Si esto es cierto, preciso es que sus peccados sean mas gordos que lo que se asegura, ó que la encantadora margravina haya conservado aduladores hasta despues de su muerte.

Nos despedimos de ella, deseándola un término inmediato á tan cruel pena.

En Konppenheim se entra por el valle. Konppenheim es una linda ciudad pequeña con mil quinientas ó mil ochocientas almas, situada en una posicion muy pintoresca: sin embargo, como no ofrece nada de curioso, no nos detuvimos en ella

mas que el tiempo de almorzar, y continuamos nuestro camino.

Al salir de Konppenheim, nos enseñó nuestro guia la aldea de Rothenfeltz, y sobre la roca cuyo sangriento color ha dado nombre á la aldea, las ruinas de un antiguo castillo.

Hé aquí lo que se refiere del último señor que le habitó.

Era un hombre sombrío y severo, que tuvo sucesivamente tres mujeres, que habian desaparecido no se sabe cómo; únicamente se decía que á los tres años de matrimonio con la primera, vió que no le daba hijos, y la envenenó para casarse con la segunda. Pero á los tres años, permaneciendo estéril la segunda, se arregló de modo que pudo casarse con la tercera, de la que se habia deshecho tres años despues como de las otras dos.

Vivia, pues, aislado en su castillo, sin parientes ni amigos, haciendo recaer su cólera sobre sus pobres colonos, á quienes obligaba á trabajar de un modo tan terrible, que muchos murieron de fatiga; y en el número de estos últimos se encontraba un pobre anciano llamado Gottfried. Muchos sintieron su muerte en la aldea, en primer lugar porque era muy querido, y además porque dejaba una huerfanita de edad de siete años.

Así los aldeanos se hicieron su reparto proporcional, y resolvieron que serian comunes los gastos

que ocasionara el criar á la pequeña Clara. Felizmente no era un gran gasto, porque de otro modo los vasallos del conde Rothenfeltz eran tan pobres que no hubiesen podido satisfacerle. Tratábase sencillamente de un pedazo de pan todos los dias y un vestido todos los años. En cuanto á lo demás de vestir, la niña, que hilaba maravillosamente, lo hacia con sus manos, y el tejedor de la aldea se lo tejia gratis.

Pasáronse siete años, durante los cuales Clara creció, y se hizo una jóven bonita. A muchos inspiró amor; pero á quien ella preferia sobre todos era al jardinero del castillo. Como por las funciones que ejercia tenia ocasion de ver algunas veces á su amo, le pidió muchas veces permiso para casarse; pero el conde siempre se lo habia negado. En fin, una vez que se aventuró á hacerle una nueva peticion :

— ¿ Y con quién quieres casarte ? le preguntó el conde.

— Salvo vuestro permiso, monseñor, es con Clarita.

— ¿ Y quién es Clarita ?

— Monseñor, respondió el jardinero con algun embarazo, es la hija del pobre Gottfried.

— ¡ Ah ! sí, ya sé, respondió el conde; es la que llaman la huérfana, ¿ no es así ?

El jardinero hizo una señal afirmativa.

— ¡ Y bien ! envíamela. ¿ Dicen que hila maravillosamente ?

— Ni mas ni menos que la Virgen Santísima, monseñor. La abuela del Roken es quien la ha enseñado.

— ¡ Razon de mas ! tengo obra que darla. Si quedo contento de ella, ya veremos.

Y acompañó estas palabras con una sonrisa tan extraña, que el pobre jardinero, en lugar de alegrarse de la especie de promesa que le habia hecho el conde, tembló por todos sus miembros por si tenia malos deseos acerca de la pobre Clara; pero era ya demasiado tarde y era preciso hacer lo que el conde habia mandado. Clara fué, pues, advertida por su amante de que tenia que ir al castillo al dia siguiente.

Clara obedeció. Encontró al conde sentado junto á una ventana que daba al cementerio de la aldea. Se aproximó á él temblorosa.

— ¿ Deseábais verme, monseñor ? balbuceó la pobre niña.

— Sí, respondió el conde.

— Vedme aquí, monseñor.

— Escucha, dijo el conde; se dice que despues de la vieja del Roken, eres tú la mejor hilandera del valle del Murg.

— Monseñor, yo no hilo mejor que otra; solo

que, en lugar de cantar mientras hilo, rezo, de modo que Dios bendice mi obra.

— En ese caso, ven aquí, dijo el conde.

La jóven obedeció.

— Mira por esa ventana.

La jóven obedeció tambien. La ventana, como hemos dicho, daba al cementerio.

— ¿ Ves allá abajo aquella fosa? continuó el conde.

— ¡ Ay! respondió la jóven; es la de mi padre.

— Como ves, está toda cubierta de ortigas.

— Las ortigas crecen muy bien sobre los sepulcros, murmuró suspirando la doncella.

— ¡ Pues bien! añadió el conde; he oido decir á mi nodriza que las ortigas daban hilo mas fino que la mas fina seda. Hilame una pieza para dos camisas con esas ortigas: una será tu camisa de boda, la otra mi camisa de muerte. Cuando me traigas las dos, daré mi consentimiento para tu casamiento.

— ¡ Ay, monseñor! respondió la jóven Clara; jamás he oido decir que se hiciese hilo con ortigas, y no sé cómo se puede hacer eso.

— Infórmate. Tu matrimonio será con esa condicion.

— ¡ Pero, monseñor!

— He dicho. Véte, y no vuelvas aquí sino con las dos camisas.

La pobre Clara salió llorando. A la mitad del camino de la aldea, se encontró al jardinero, que la esperaba. Le refirió lo que habia pasado, y le preguntó si habia oido decir alguna vez que se hiciese hilo con ortigas.

— ¡ Ay, sí! respondió el pobre muchacho; pero hilo tan fino, que necesitarías mas de veinte años, y la vieja Roken mas de quince para hilar esas dos camisas. Así, es como si nos hubiese dado una negativa.

— Es preciso, sin embargo, no desesperar aun, respondió la jóven. Esta noche iré á la tumba de mi padre, y rezaré tanto, que acaso Dios tendrá piedad de nosotros, y vendrá á nuestro socorro.

Pero su amante movió la cabeza, y como vió que el conde miraba por la ventana, temió ser castigado por haber abandonado un momento su trabajo, y se volvió al jardin. En cuanto á Clara, bajó hácia la aldea, y cuando llegó la noche, se fué al cementerio y se arrodilló ante el sepulcro de sus padres; y oró tanto y tan profundamente, que no vió que la vieja del Roken habia entrado tras ella, y estaba en pié á su lado, esperando que hubiese terminado su oracion. Mas como la pobre niña continuaba rezando:

— Clara, la dijo la buena anciana, ¿ qué os ha sucedido que llorais así, y llorais rezando?

Y Clara lanzó un grito de alegría, porque habia

conocido la voz de la anciana del Roken, aun antes de verla, y como se decia en la aldea que era una buena hada, pensó que el socorro que esperaba del cielo habia llegado. En su consecuencia, se arrojó en sus brazos refiriéndole todo lo que habia pasado entre ella y el castellano.

— ¿No es mas que eso, mi buena Clarita? dijo la anciana sonriendo. En ese caso, puede arreglarse todo, y dentro de tres meses tendreis vuestras dos camisas.

Y dichas estas palabras, se puso á arrancar las ortigas que crecian en la tumba de Gottfried, y habiendo llenado su delantal, salió del cementerio repitiendo á la huérfana que no se inquietase por nada, y Clara, que tenia una grande confianza en las palabras de la anciana, volvió á su casa mas tranquila.

Seis semanas habian pasado desde aquel dia, y el conde, que no habia vuelto á ver á Clara, no pensaba ya en ella, cuando cazando en la montaña, se fué persiguiendo á una liebre, y pasando por delante de una gruta, vió una anciana que hilaba con rueca, pero tan á prisa, con tal habilidad, y tan bien, que salia de sus dedos un hilo muy fino. Detúvose y aproximándose á ella:

— Buenos dias, buena anciana, la dijo; ¿sin duda hilais vuestra camisa de boda?

— Camisa de boda, camisa de muerte; á vues-

tro servicio, monseñor, murmuró la anciana.

El conde sintió á su pesar un estremecimiento. Pero serenándose al punto:

— Hé ahí un hilo muy bueno, la dijo; ¿dónde lo has robado?

— No lo he robado, monseñor, respondió la anciana: es simplemente del producto de la tierra de la tumba del buen Gottfried, es cáñamo de ortigas. ¿Vuestra señoría no ha oido decir á su nodriza que las ortigas dan hilo mas fino que la mas fina seda?

— Sí, sí, he oido decir eso, respondió el conde cada vez mas conmovido. Pero creí que seria un cuento de brujas.

— Pues no era un cuento, dijo la anciana.

— ¿Y para quién hilais así?

— Para mi buena Clarita, la novia del jardinero del castillo, á quien el castellano de Rothenfeltz ha encargado dos camisas. Si conoceis al castellano de Rothenfeltz, mi señor, decidle que dentro de seis semanas estarán hechas sus camisas.

El castellano conoció que se desmayaba á su pesar, y avergonzado de su debilidad, puso su caballo á galope sin responder; en cuanto á la anciana, continuó hilando, cantando una de esas antiguas canciones que se cantan en las veladas del invierno.

Tres meses, dia por dia, despues del en que ha-

bia encargado las camisas á Clara, el señor de Rothenfeltz vió entrar á la jóven; llevaba una camisa bajo cada uno de sus brazos.

— Monseñor, dijo, ved aquí las dos camisas que me habeis encargado; están tejidas con las ortigas que cubrían la tumba de mi pobre padre. He cumplido fielmente vuestras órdenes, espero que vos cumplireis fielmente vuestra promesa.

En efecto, el señor de Rothenfeltz, como habia prometido, ordenó para el dia siguiente las bodas de Clara y del mozo jardinero, y cuando el capellan del castillo acababa de echarles su bendicion, le fueron á buscar apresuradamente de parte del castellano. Le habia acometido una hemorragia y se moria.

Y por la noche, en el momento mismo en que dos jóvenes doncellas ponian á Clara su camisa de boda, dos ancianas amortajaban al castellano con su camisa mortuoria.

#### PEDRO DE STAUFFENBERG.

A medida que se sube por el valle del Murg, el país es mas agreste y salvaje. El riachuelo, todo lleno de tablas, vigas y árboles apenas despojados de sus ramas, corre hácia el Rhin, al que va á llevar el tributo de la Selva Negra. Se creeria viajar por uno de los bonitos desfiladeros del Oberland y del Delfinado. Las decoraciones de la Opera cómica han desaparecido para dar lugar á una naturaleza grande y bella.

Guernsbach es en cierto modo la capital de aquel pequeño rincon de apartada tierra; es una linda ciudad de dos mil habitantes próximamente, llena de actividad, cuya industria consiste en el serraje de las tablas que le proporcionan los magníficos abetos de la Selva Negra. Al extremo de la Gran calle, ó mas bien de la única calle de que